

Desasimiento

Por Gastón Acuña Mac-Lean

Días atrás, en un clarividente artículo de prensa sobre "La crisis política chilena", don Carlos Neely evocaba el pensamiento de un notable intelectual d e m o c r a t a -



cristiano -Jorge Ahumada-, fallecido ya, y que en 1985 denunciaba el gravísimo divorcio entre las cúpulas partidistas y el Chile real que conforma la masa ciudadana. Con palabras sorprendentes próximas a las que Jorge Prat vertiera en esa misma época, Ahumada (a quien nadie quiso escuchar) señaló el peligro de este desasimiento, cuyo ensanchamiento abría brechas a los peores desbordes, a las mistificaciones más descabelladas, desmoronando la institucionalidad republicana. Como muy bien cita el señor Neely: "En Chile existe una oligarquía pluralista... de autogestación. Pequeños grupos directivos... se combinan, oponen o transan entre sí, sin que tengan obligación o responsabilidad exigible por aquellos que son teóricamente sus mandatarios".

Por un lado, cúpulas verbalistas, intoxicadas en su enclaustramiento autogenerante, entregadas a un delirio de facciones, y, por otro, una masa electoral creciente, insatisfecha, desconcertada, falta de real participación y, por lo mismo, ausentista de sus deberes cívicos, a la vez que vulnerable a los peores vaivenes.

Ese, que era el cuadro de 1985, condujo al colapso de 1970, como tantas veces vaticinó Prat. Utilizando una metáfora que he reiterado hasta la majadería, el timón de la conducción política giraba en el aire, sin responder al peso gravitante de la voluntad ciudadana. Cuando así ocurre, es imposible imprimir rumbos a la nave del Estado.

Si aquello fue funesto entonces, podría serlo mucho más mañana. Sin participación cívica responsable y coherente, no puede haber estabilidad institucional y el país queda sujeto a los más

ruines y terribles percances. Son los partidos los que deben abrirse a esa participación. Tal fue la finalidad de su Estatuto. El Estatuto "alarga" el timón, procura que se "sumerja" en las

aguas de la civilidad y, a la vez, eleva el nivel de éstas, para que les resulte accesible, no en teoría, sino de hecho. Preocupa constatar, sin embargo, signos de inmovilismo en ese proceso participativo y señales inequívocas de que las cúpulas persisten en su mentalidad claustral, en su desasirse de la masa ciudadana que parece incomodarles.

De ser así, tras 14 años de receso político, podría darse una fatal tendencia ausentista en el electorado, ya perceptible en las encuestas. Que van a participar y votar los cuadros ferozmente comprometidos por su intransigencia, enconados en el sectarismo, no cabe duda. Pero, ¿qué pasará con las mayorías silenciosas, moderadas, tolerantes, realistas? Como se retaquen o vacilen en comprometerse ante las decisiones que habrá que adoptar, el timón quedará aún más en el aire. Esto, que ya puede ocurrir respecto del plebiscito, puede suceder con más intensidad en las elecciones parlamentarias que le sigan. De ser así, la consolidación institucional se iría a las pailas, brusca o paulatinamente. En sus castillos de cristal, las cúpulas viven en un clima de autoengaño. No sólo mistifican, sino que "se mistifican a sí mismas". Venden la pomada del oso blanco, pero también la consumen.

El país, la ciudadanía, las mayorías silenciosas, tienen aún los ojos entrecerrados. De que los abran por completo y ocupen su rol participativo resueltamente, dependerá la suerte nacional. Evitemos, pues, encandilárselos. El país no puede ser tratado como un ciego. De andar, ha de andar con la mirada puesta en suelo firme, la voluntad y el corazón asentados en lo que realmente importa.